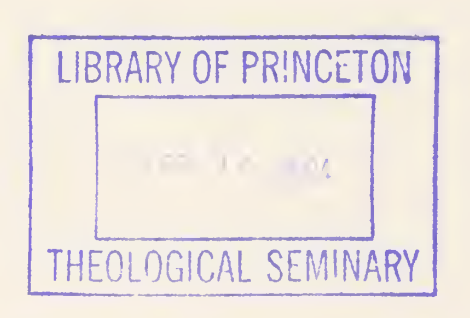

LIBRARY OF PRINCETON
THEOLOGICAL SEMINARY



VERBO

VERBO



INDICE

En el principio era el Verbo S. Juan 1, 1

LA CIUDAD CATOLICA

Enero-Febrero 1963 Nº 37

¿QUE ES LA REVOLUCION?

"La Revolución es una doctrina que pretende fundar la sociedad sobre la valuntad del hombre en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios" [1] "Ella se manifiesta por un sistema social, político y económico nacido del cerebro de los filósofos, sin cuidado de la tradición y caracterizado por la negación de Dios sobre la sociedad pública. Esto es la Revolución, y es allí donde hay que atacarla".[2]

"El resto no es nada, o más bien todo fluye de aquéllo, de esa rebelión orgullosa de donde salió el Estado moderno, el Estado que ha tomado el lugar de todo, que se ha hecho dios, y que nosotros rehusamos adorar.

La contra-Revolución es el principio contrario, es la doctrina que hace reposar la sociedad sobre la ley Cristiana".[1]

Secularizar la sociedad y el Estado, emancipar de toda influencia católica los órdenes de la vida, y, si fuera posible arrancar la fe de todas las almas; restaurar el imperio de Luzbel sobre la ruina del de Cristo, tal es el fin de la Revolución cosmopolita, que tácita o expresamente, con franqueza o dablez, persiguen la escuela y partidos liberales (y marxistas), que son los instrumentos por los cuales se difunde y desarrolla en el mundo".[3]

"Llámese Racionalismo, Socialismo, Revolución o Liberalismo (o Comunismo, agregamos), será siempre por su condición y esencia misma, la negación franca o artera, pero radical, de la fe cristiana, y en consecuencia importa evitarla con diligencia, como importa salvar las almas".[4]

"Después de los tres primeros siglos, durante los cuales la Tierra rebosó de sangre de cristianos, se puede decir que jamás la Iglesia atravesó una crisis tan grave como aquella en que entró a fines del siglo XVIII.

"Bajo el efecto de la loca filosofía salida de la herejía de los novadores y de su traición; y por el desatino en masa de los espíritus, estalló la Revolución, cuya extensión fue tal que transformó las bases cristianas de la sociedad, no sólo en Francia, sino poco a poco en todas las naciones". S. S. Benedicto XV (A. A. S., 7 de marzo de 1917).

Y esto es la Revolución: la gran rebelión que, incubada desde muy lejos, nace vigorosa en los últimos tiempos (siglo XVIII en adelante). La Revolución no es sólo el laicismo en las escuelas, ni la disolución en la familia, ni el odio a la autoridad civil, ni la persecución religiosa, ni el trastrueque del mundo del trabajo. Es todo eso; pero es algo más. Es el afirmar que tanto el orden social como el individual se han de establecer sobre los derechos del hombre y no sobre los derechos de Dios. ¿Sus etapas? Renacimiento, Reforma, Revolución francesa, Comunismo.

---

[1] Alberta de Mun, Discursa en la Cámara de Diputados de Francia, en noviembre de 1878. Fue de Mun economista, organizadar del "Catolicismo social", varias veces diputada, prapulsar de la legislación social francesa y académico (1841-1914).

[2] A. de Mun, del discursa a la Tercera Asamblea General de miembros del Círculo Católico, 22 de maya de 1878.

[3] Vázquez de Mella, La persecución religiasa. Obras completas. T. V., p. 35. El autar (1861-1928), insigne apologista católico y elocuente orador, mereció ser llamado en España, su patria, "El verbo de la Tradición".

[4] Carta colectiva de los Ilmos. y Rvdmos. Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos.

LA VIDA NACIONAL Y LA POLITICA

"La vida nacional, decía Pío XII, es una realidad no política".

Nunca como ahora parece urgente profundizar estas palabras que la Cátedra de Pedro, hace doce años, proponía a nuestra meditación. Estamos plagados de males sociales, vivimos prácticamente en el desorden social, es decir la injusticia, una injusticia poco menos que institucionalizada.

"La gran miseria del tiempo presente, agregaba Pío XII, es que la organización social no es ni hondamente cristiana ni realmente humana, pero sí técnica y económica."

Inmenso problema de civilización que todo esfuerzo de restauración debe encarar de frente. Nuestros Obispos en su declaración colectiva del 29-6-62, después de señalar los peligros que hacen correr a la sociedad argentina la injusticia generalizada, la especulación y la usura, y la tentación permanente de violencia, concluían citando a S. S. Juan XXIII al referirse a "los grandes y numerosos problemas de carácter civil, social y económico que angustian a los gobernantes de nuestras naciones..." y recuerda a los mismos y a sus pueblos que ".. ningún edificio puede construirse sólidamente si no tiene como fundamento el respeto de los principios morales y los preceptos de la ley de Dios."

Es decir que la vida nacional debe reconocer ciertas reglas de orden moral y ciertos preceptos que son anteriores a la política.

Eso, por supuesto, no quiere decir que la política no pueda salvar o arruinar la vida nacional, pero sí que a la luz de estas reglas y estos preceptos, varios métodos de gobernar pueden ser aplicados a una misma vida nacional con la condición que el poder político la respete y la sirva en vez de explotarla o ahogarla.

Es imprescindible, pues, que nuestros hombres públicos conozcan los principios morales y los preceptos de derecho natural sobre los cuales se debe edificar toda vida nacional bajo pena de obrar con irresponsabilidad en la restauración de la autoridad pública y de desembocar rápidamente en un nuevo fracaso. Queramos o no, habiendo sido el mundo creado por Dios, existe un orden natural de las cosas establecido por el Creador, que no se puede violar impunemente. Tenemos el resultado a la vista.

Y que no se crea que la restauración de una autoridad política bastará para todo. Es indispensable; es una de las condiciones de un resurgimiento. Pero ella serviría de poco y además se desgastaría rápidamente si no actuare sobre el cuerpo administrativo del Estado, sobre su hipertrofia enfermiza, sobre el estatismo burocrático que abrazando y ahogando la vida nacional y corrompiendo las costumbres, provoca la crisis que actualmente vivimos.

Crisis, pues, lo dijimos, de civilización. La restauración del orden político no conduciría a nada si su objetivo no fuese la instauración de un orden social justo, conforme a la doctrina social de la Iglesia, orden nuevo, orden tal vez nunca alcanzado plenamente hasta ahora en la historia de ningún país, "proyecto social" a cuya realización la Iglesia invita permanentemente a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad.

Restauración de la función del Estado en su verdadera perspectiva: la de árbitro de legítimos intereses. Para eso es necesario que las realidades sociales sean representadas ante el Estado de manera orgánica y viva; de no ser así, el diálogo necesario entre el ejecutivo político y la vida nacional corre el riesgo de transformarse en una querella de ideologías abstractas, de opiniones prefabricadas por la propaganda política de los partidos y, bajo ese manto, de intereses bien concretos que prefieren no decir su nombre o que no pueden hacerlo porque son inconfesables.

Necesidad, pues, de pensar en otros términos que los usados hasta ahora. De pensar en la representación de las familias, de las sociedades naturales, de los oficios o gremios que contribuyan a dar representatividad a la vida política y resguarden los legítimos intereses de los ciudadanos.

Que la mayoría de las elites dirigentes no lo tengan pensado, que sus esquemas mentales les impidan elaborar este "proyecto social" indispensable a la paz de nuestra vida nacional, constituye ciertamente lo más grave de la hora actual. Es una grave deficiencia intelectual y moral que debe ser corregida.

Urge dedicarse a pensar las condiciones sociales actuales de una civilización cristiana. Si se sigue con la pobreza de imaginación reinante es quizás inevitable que se nos imponga otra solución. Claro que entonces no se hablará más de libertad y dignidad personal para el hombre argentino.

VERBO

ENSEÑANZA DE LA CIUDAD CATOLICA

Capítulo V

LA REVOLUCION
NUESTROS PROPIOS ABANDONOS Y COMPLICIDADES

"Lo falso, aunque difundido en ligeras dosis, será siempre un mal procedimiento para llegar a la verdadera libertad, la que Dios ama y quiere para su Iglesia".

Al naturalismo declarado y agresivo de primer grado[1] corresponde lo que hemos llamado "las tropas regulares"[2] de la Revolución.

Al naturalismo de segundo grado[3] (que tiende a confundir la naturaleza y la gracia) corresponde (poco más o menos) lo que acabamos de estudiar bajo el título de "quinta columna".[4]

Al naturalismo de tercer grado[5] corresponden, en fin, nuestros propios abandonos, nuestros silencios cómplices, nuestros recelos culpables, nuestro cobarde respeto humano.

Dicho de otro modo: nos queda por recordar, en este capítulo, cuántos de los mejores entre nosotros, a pesar de su fe, a pesar de su creencia indudable en la primacía de lo sobrenatural, son, de hecho, víctimas y con mucha frecuencia cómplices, sin saberlo del naturalismo general. Y esto, por pereza, porque no tienen el valor de recordar suficientemente la imperiosa necesidad de lo sobrenatural en el orden social como en el orden privado, porque no hablan jamás o no hablan bastante, ni cuando hace falta, ni como conviene.

¡Ah! Ciertamente no es cuestión de negar su deseo de combatir. Detestan la Revolución, buscan el aniquilarla, considerándose resueltamente adversarios de sus agentes más o menos declarados: liberales, radicales, socialistas, comunistas o marxistas, católico-liberales, sillonistas o progresistas. Sin embargo, si se les juzga por lo que dicen, o se les ve actuar es fácil comprobar cómo estos enemigos de la Revolución son en realidad sus tributarios, víctimas también de su naturalismo congénito, de su pérfida fraseología, hasta de los hábitos de pensamiento que aquélla ha creado.

LA CONTRARREVOLUCION "SECULARIZADA" O EL NATURALISMO POR OMISION

Así, pues, no es ya cuestión de tratar de gentes más o menos alejadas de nosotros.

Es en sí mismo en donde cada uno puede y debe buscar las señales de la influencia insidiosa del enemigo, "porque sucede a menudo —decía el venerado cardenal Suhard— que al oponerse a una doctrina se mantiene oculto su principio. Se lucha contra el adversario; pero se ha aceptado el terreno del encuentro y las armas que él ha elegido."

Este capítulo queremos consagrarlo a desenmascarar el peligro de errores semejantes.

¿Quién se atrevería a sostener que la negligencia, la ignorancia, el sueño del centinela, sean menos peligrosos a la ciudadela que las tropas enemigas, que buscan trepar por sus murallas desde el exterior?

El Padre Desurmont lo ha señalado: "Cada época ha tenido su nombre en la historia. Esta es la del estrago de los lobos y el mutismo de los perros."

No hay duda que nosotros tocamos aquí el punto más doloroso de la crisis actual.

"Lo que ha dado fuerza a la corriente revolucionaria —hacía notar José de Maistre— es el haber encontrado conductores por todas partes donde debería haber encontrado obstáculos..."

"Nuestra ignorancia es tan grande —llegará a decir Blanc de Saint-Bonnet[6]—, que creemos combatir la Revolución con la Revolución... Cuántos gritos, cuántas burlas provocaría en numerosos católicos si se declarase que no podemos salvarnos sino con el restablecimiento del reino de Dios. Cuántos clamores si oyesen decir que la verdad consiste en constituir toda la sociedad desde el punto de vista de la Fe, mientras que, por el contrario, el error quiere construir todo desde el punto de vista del hombre o de lo que éste llama su soberanía".

* * *

¿Cuántos, incluso entre aquellos que se llaman contrarrevolucionarios, comprenden hoy este lenguaje?

Debemos reconocerlo: la Contrarrevolución está en nuestros días "laicizada" (es decir, "Revolucionizada") y por ello mismo, relativamente ganada a lo que pretende combatir.

Y, notémoslo bien, no hablamos aquí de los no-católicos (no creyentes o no practicantes), a los que una rectitud intelectual ha hecho reaccionar contra lo que la Revolución tiene de más groseramente absurdo y de manifiestamente ruinoso en el aspecto social. Cuando decimos que la Contrarrevolución está en nuestros días "laicizada", pensamos que lo está en el espíritu de los

católicos, e incluso de los católicos edificantes que se llaman contrarrevolucionarios, puesto que la idea que se hacen, a lo sumo, de la Contrarrevolución se limita a algunos diagnósticos sobre los méritos comparados de los regímenes monárquicos o democráticos. Opiniones pertinentes quizá, pero muy insuficientes, ya que puede ocurrir muy bien que las mismas monarquías estén ganadas por la Revolución.

Se tiene así un concepto "minimista" de la Contrarrevolución. Concepto que ni siquiera tiene la ventaja de alcanzar a lo esencial, puesto que no expresa lo que es diametralmente contrario a la esencia misma de la Revolución: corriente universal de la apostasía organizada.

¿Cuándo se decidirán los mejores a "comprender que la creación sería frustrada si los hombres pudiesen constituirse perfectamente en sociedad fuera de la ley religiosa, si encontrasen una paz fértil por medio de una ley atea, sin que una combinación parecida nos dejase en la podredumbre...?"

"No está organizado este mundo —señalaba Blanc de Saint Bonnet— sino para conducir las almas a su fin, y la sociedad humana, hecha para madurarlas y guiarlas, se hundiría si las leyes divinas desapareciesen..."

Aquellos que hoy se llaman gentes honradas, los hombres que desean el orden, estarían muy bien dispuestos a establecer esta tranquilidad, en la cual las fortunas continuarían acumulándose, la policía actuando, la enseñanza dándose, la justicia cumpliéndose, pero todo ello sin pensar en Dios.

"Ahora bien: esto es precisamente lo que Dios no quiere. No quiere que todos los bienes que ha puesto sobre la tierra, con el fin de formar las almas y conducirlas a su gloria, sean utilizados para cegarlas".

Entre los mejores el creer y no hablar nada de Dios ha llegado a ser un síntoma ordinario de incoherencia mental.

"*¡Vae tacentibus de te!*" (¡Ay! de los que callan de Ti!), exclamaba San Agustín.[7]

He ahí, propiamente, la desgracia de esta época. Los fieles mismos que creen en Dios no hablan de Dios. La grande herejía de nuestra edad es la herejía práctica contra el primer mandamiento del Decálogo...

"(La Revolución ha) hablado tanto del hombre y de sus derechos que hemos perdido de vista los derechos de Dios. En multitud de detalles la criatura toma, actualmente, con respecto a su Criador, una actitud inconciliable con la virtud de la religión."

* * *

Está bien dicho: "una actitud".

Es que el error está aquí menos "formulado" que "vivido".

Prácticamente, el vacío se hace alrededor de Jesucristo. "No se le ataca; no se pondrá en duda la afirmación de sus derechos; pero todas las fuerzas

vivas de la naturaleza humana serán dejadas aparte de tal manera, y fuera de El, que El será sobre la tierra un rey sin ministros o, más bien, sin súbditos."

No es ya un naturalismo por afirmación, un naturalismo explícito. Es un naturalismo por omisión o preterición, un naturalismo implícito, un naturalismo de hecho.

Se admite, en teoría, la existencia de un problema que domina todo, un problema en función del cual todos los otros se ordenan y deben ordenarse; pero de hecho, se comportan como si este problema, proclamado como el más importante, no tuviese interés práctico.

¡Cuántos escritores hay, cuántos hombres políticos, cuántos militares o magistrados cuyas condiciones católicas y odio o la Revolución son conocidas por sus íntimos, pero cuyas palabras, escritos o actos un poco solemnes no contienen nunca la menor señal de una afirmación cristiana! ¿Se descubre ésta alguna vez? Sólo será para ver esa huella cristiana inmediatamente oscurecida y neutralizada por algunas fórmulas equívocas con el fin de camuflar lo que el rasgo precedente podía tener de significativo. Así, cuando la enseñanza de la Iglesia es invocada, incluso parece como si fuera una fórmula de expresión.

A las referencias exactas que exigen la razón y la fe se preferirá el uso de abstracciones suntuosas que aunque no sean de oro ni de plata no dejan de constituirse en verdaderos ídolos. Divinidades temibles y ante las cuales llega a ser peligroso, cada vez más, el no doblar la rodilla.

Ciertamente los mejores saben evitar las fórmulas más groseras de esta moderna mitología: "Progreso", "Libertad", "Humanidad". Pero ¿están prevenidos de los peligros que ofrecen igualmente el uso análogo de algunas otras palabras, que no merecen tanto, ese carácter de absoluto que hace que todo llegue a ser un ídolo, exceptuado el mismo Dios?

Así, hablamos demasiado a menudo de "orden social", de "civilización", como si fuese posible comprender sus exigencias, su armonía, sin inquietarse del FIN que les da un sentido.

Así se hablará de las "fuerzas morales", pero como si ellas pudiesen, sin referencias a Dios, no estar sujetas a todas las variaciones de la opinión, a todas las presiones del Poder.

Así, se hablará de "religión", pero dejando creer que todas son válidas.

Así, se hablará de el "Espíritu" con un E mayúscula, pero como si el hecho de tener que "discernir los espíritus" no indicase que se puede estar engañado por esta palabra como por las otras.

Se hablará incluso de Dios e incluso del Dios único, pero sin decir bajo qué aspecto o bajo qué nombre ha querido este Dios revelarse a los hombres. Se afectará creer, sobre todo, que exactamente el mismo Ser que adoran, bajo la entidad de esta palabra, cristianos, musulmanes y teístas diversos, etc.

Los que entre nosotros se expresan de tal modo pretenden que únicamente lo hacen así para evitar herir a nuestros contemporáneos; y a no dudarlo, puede haber aquí un motivo de justa prudencia.

Son demasiados los que toman parte en este juego, sin embargo, para crear sin peligro una apologética tan rudimentaria. Hemos visto muchísimos cristianos emplear fórmulas parecidas y defender su uso con demasiado ardor para no juzgarles víctimas de tales trampantojos con los cuales se esfuerzan en atraer a los otros.

Se pretende luchar contra la Revolución, pero sin darse cuenta que se le concede a aquélla lo que quiere esencialmente; se evita el catolicismo, se calla el único Nombre[8] por medio del cual podemos ser salvos.

Ciertamente, nosotros admitimos que se puede en el curso de una discusión delicada evitar mayores dificultades y hablar, por ejemplo, de "fuerzas morales" o de "religión" sin precisar más.

Lo que rehusamos es esta idea, demasiado extendida, de que los trampantojos no son engañosos, que las semi-verdades tienen más fuerza para convencer que el esplendor de lo verdadero expresado en su plenitud, dicho de otro modo, que lo "menos" es más eficaz que lo "más" y que las fórmulas equívocas o vanas son preferibles a las razones verdaderas.

Lo que querríamos señalar es la flaqueza de estos sucedáneos, que pueden brillar en torno a una frase o en el centro de un discurso, pero a condición de no ser objeto de ningún examen serio.

- Combinaciones verbales que están bien en todos los labios...
- Dios, pero no Jesucristo.
- Jesucristo, pero no la Iglesia.
- La Iglesia, pero "desencarnada", sin papa, sin obispos, sin sacerdotes, sin dogmas, también, y sin direcciones demasiado precisas.
- Actuar en cristiano y no en tanto que cristiano.
- Hablar solamente de "fuerzas espirituales" o "morales" de "Espíritu", sin otra precisión.
- Pretender atenerse al "orden nacional" o a la "tradición nacional" tomados como valores absolutos en el orden de la acción así como en el de la doctrina.

"DIOS, PERO NO JESUCRISTO"

Dios, pero no Jesucristo. Lo que significa: Hablemos de Dios. En estos tiempos de incredulidad general y de ateísmo organizado sería mucho si llegásemos a operar una vuelta a Dios sin precisar más. ¿Dios no es acaso, según la misma doctrina católica, objeto de un conocimiento natural o filosófico antes de ser objeto de fe? Dios, pues, en tanto que es al menos conocido por la razón, podría y debería ser alcanzado por todos, sin que el pro-

blema, siempre misterioso, de la gracia y de la fe sobrenaturales haya de ser abordado.

"Apliquémonos a asegurar bien este comienzo, sin buscar hacer más complicado un trabajo ya difícil, haciendo intervenir este nombre de Jesucristo, que no puede dejar de plantear el problema de opciones mucho más precisas alrededor de las cuales sería vano pretender realizar la unión.[9] Pues bien: hablemos de Dios. Intentemos hacer volver a El el mundo. Pero, para evitar ofender a los fieles de otras religiones positivas (!), guardémonos de proponer a Jesucristo! ¡Ah! ¡Ciertamente, con toda nuestra alma, deseamos que nuestros descendientes puedan ver, algún día, proclamar de nuevo Su realeza social! Para nosotros no hay ni que pensarlo; contentémonos con volver hacia Dios a nuestra generación. Devolver el mundo a Jesucristo no puede ser sino el objetivo de una segunda etapa, imposible de realizar en el punto en que nosotros vemos actualmente la sociedad."

La argumentación es tanto más peligrosa por cuanto reposa sobre una verdad parcial que no se debe descuidar en nuestros tiempos en que la Iglesia está perseguida. Se evocará con gusto el ejemplo de musulmanes chinos luchando como los católicos, contra el ateísmo marxista. Y no se dejará de señalar la recepción de jefes religiosos del Islam por Pío XII, hace algunos años.

"Frente único de todos los creyentes contra el ateísmo", tal podrá ser el *slogan*. Se trataría de una movilización muy extensa de católicos, protestantes, musulmanes, judíos o teístas diversos contra el laicismo.

Y puesto que el Papa Pío XI no dudó, en la encíclica *Divini Redemptoris*, en lanzar una llamada a todos los hombres de buena voluntad, llamada que Pío XII ha repetido muchas veces en sus mensajes de Navidad, ¿por qué no se habría de establecer una fórmula de unidad sobre la creencia en Dios?

Si observamos, sin embargo, los textos pontificios en estas materias, no tardaremos en comprobar el carácter muy diferente de sus llamadas a los creyentes de todas las confesiones. Es para protestar contra monstruosidades más recientes o más evidentes para lc que los Papas han tenido cuidado de hacer observar que la simple reacción de una honradez elemental debería bastar a crear una corriente de unánime reprobación. Pero jamás han dejado entender que la salvación de las naciones y la restauración del orden social puedan ser conseguidas con esos compromisos, en los cuales la neutralidad religiosa será presentada como más eficaz en tanto que más hábil. No podría encontrarse bajo su pluma fórmula alguna que permitiese creer que hoy "la salvación del mundo con todas sus estructuras y la de los hombres con todos sus problemas" pueda tener lugar sin explícita referencia a Jesucristo.[10]

Nada que incitase a los católicos a abandonar aquello que les especifica: — "*soldados de Cristo*", "*Milites Christi*".

Pretender realizar una acción contrarrevolucionaria seria, es decír, bastante completa, para asegurar, no el simple mantenimiento de alguna posición

importante, sino el superar la corriente que arrastra al mundo, pretender realizar esto, por la unión de todos los que creyeran en Dios sin otra especificación religiosa, es ser juguete de la ignorancia más absoluta.

Para convencerse basta preguntar si este laicismo revolucionario, si esta misma Revolución que se quiere combatir con todos los teístas y, en primer lugar, con los protestantes y los judíos, no habrá salido del muy lógico desarrollo de un conjunto de ideas, si no de doctrinas que son profesadas muy concienzudamente por estos mismos protestantes y judíos.

En cuanto a decir que todos los protestantes o todos los judíos no son revolucionarios conscientes o voluntarios, no basta, sería preciso poder estar seguro de que la voluntad contrarrevolucionaria y el amor del solo concepto de Dios de los susodichos protestantes y judíos sería bastante poderosa para hacerles retractarse de aquellas ideas que puedan profesar y cuya lógica interna, una vez más, sin saberlo ellos y contra su voluntad, conduce a este ideal de ruptura de lo temporal y lo espiritual, ideal que sabemos es el alma de la Revolución.

En cuanto a los musulmanes, cuyo caso no está tratado en las consideraciones precedentes, es imaginable que la idea misma que se hacen de el Unico y, más todavía, la actitud que les está impuesta por su religión, con respecto a los que no profesan el mahometismo ¿no amenazan ser una fuente de disgustos perpetuos en esta coalición donde tendrá lugar el acuerdo seguramente, quizá en torno a una palabra, pero con exclusión del menor comentario o del más pequeño conjunto de ideas que cada uno pensará poder desprender?

Queda, es verdad, el caso de los teístas, sin otra etiqueta religiosa. Su problema sería más fácil y el acuerdo con ellos menos engañoso..., al menos en teoría, y admitiendo que profesan sin desviaciones demasiado graves lo que la sana filosofía nos enseña de Dios únicamente en el orden natural. En teoría, hemos dicho, porque las diferencias amenazan ser inmensas en este aspecto entre la teoría y la práctica... Cuán raros son, hoy, los que no tienen fe y profesarían, se dice, lo que una recta razón debe descubrir y profesar.

* * *

Por diversos y opuestos que hayan sido, en efecto, los sistemas filosóficos desde hace más de dos siglos, ¿no es evidente que han contribuído a enervar la inteligencia, a negar o a oscurecer el justo poder de la razón al rehusar creer, principalmente, en la objetividad del conocimiento metafísico? [11]

De cualquier modo que se llamen: empirismo,[12] sensualismo,[13] materialismo, positivismo,[14] idealismo,[15] fenomenismo[16], pragmatismo,[17], hasta tradicionalismo,[18] y filosofías diversas llamadas del "devenir" [16] o de la "acción",[20] etc., es preciso confesar que estas múltiples escuelas no han coincidido apenas más que sobre un ínfimo número de puntos, entre los cuales, precisamente, se encuentra el desprecio de la inteligencia humana, en cuanto conceptual y discursiva, y la negativa a reconocer el justo dominio de su poder.

¡Curiosa unanimidad! El asombro cesa, sin embargo, cuando se ha comprendido que, siendo el objeto primero de la inteligencia la noción de "ser", el efecto más o menos directo de tal coalición es el de relegar a Dios fuera de lo cognoscible o, al menos, fuera de lo cognoscible seriamente pensado y rigurosamente objetivo.

Y fue para esto, más bien contra esto, para reducir al silencio a este ejército de la negación agnóstica, para lo que el concilio Vaticano quiso recordar que "si alguno dice que el único Dios verdadero, nuestro Creador y Señor, no puede ser conocido ciertamente a la luz de la razón mediante las cosas que ha creado, que sea anatema".[21]

Tal es el espíritu tanto como la letra de la enseñanza conciliar.

Se puede, ciertamente, concluir que sería grande el progreso si todos, hoy, poseyesen el sentido de Dios.

Es un abuso, sin embargo, que esta llamada a los verdaderos derechos, deberes y poderes de la razón y de la inteligencia, lanzada, como una bofetada, al agnosticismo moderno por los Padres del Vaticano, pueda presentarse como una invitación a servirse de Dios para silenciar a Jesucristo.

Se piensa que en el terreno colectivo del gran acuerdo en que se sueña bastará invocar los argumentos simples y de perentorio buen sentido sobre los cuales reposa tan a menudo, en el secreto de cada conciencia, una convicción profunda de la existencia de Dios. Es que en el silencio del corazón y a la sola luz de un espíritu simple y recto, cada uno sabe evitar el dejarse turbar por todos los argumentos de la impiedad contemporánea. En el fondo de su ser, el más sabio no tarda en hacer suyas y en encontrar perfectamente suficiente las razones más humildes, que conducen todas, poco o mucho, a algunas bellas y buenas evidencias de este orden: —Lo que no tiene su razón de ser en sí mismo, necesariamente la tiene fuera de sí mismo. — Un reloj es inconcebible sin un relojero. — Un orden (y, principalmente, el orden que vemos en la naturaleza), es inconcebible sin una inteligencia ordenadora, etc. Tal es la fuerte simplicidad de los argumentos por los cuales, cada uno en el fondo de sí mismo, llega, de ordinario, al conocimiento de Dios.

Pero el problema aparece bien distinto si se deja el plano de la intimidad individual y se aborda el del verdadero apostolado colectivo en el que ha de organizarse necesariamente ese acuerdo contrarrevolucionario que se trata de promover.

No es que las razones acabadas de evocar en el plano individual no tengan valor a este respecto. Esas razones permanecen lo que son, igualmente sabias, igualmente fundadas. Pero, lo que difiere es la atmósfera del debate en el que están condenadas a servir. En el silencio y la pureza de un alma recta, su fuerza podía ejercerse plenamente y como sin obstáculo.[22] En la refriega de las querellas públicas, su virtud peligra muchísimo de ser neutralizada por el estrépito, por el prestigio engañoso de los argumentos impíos.

Es imposible entrever la organización un poco seria de esta coalición de "deístas" sin pensar en la necesidad de que habrá de responder, sumariamente al menos, a los ataques de los ateos.

Será preciso, evidentemente, hacer campaña y campaña intelectual, si hemos de intentar reunir algo más que un rebaño sin fuerza ni decisión. Será preciso, aunque no sea más que para dar confianza a los ingenuos que aceptarán alistarse, pero que podrían ser turbados en el curso del combate por las falsas razones de la propaganda enemiga.

En resumen, necesidad de prever la unión alrededor de un cuerpo de doctrina suficiente, de una auténtica teología natural.

Y nosotros estamos completamente de acuerdo, exclamarán los partidarios de esta fórmula. Esta teología natural existe. El ateísmo puede aportar los nombres de sus más célebres doctores: nosotros les opondremos los de tantos personajes y filósofos que creyeron en Dios.

En la debilidad de este argumento queremos, por tanto, fundar nuestra negativa a creer que sea realmente más fácil agruparse alrededor de Dios que alrededor de Jesucristo.

---

[1] Cf. supra III parte, capítulo I.

[2] Cf.. ibídem, capítulo III.

[3] Cf. ibíd., capítula I.

[4] Cf. ibíd., capítulo IV.

[5] Cf. ibíd., capítulo I.

[6] L'amaur et la chute, p. 311 (Vitte et Lecoffre edit.).

[7] Oeuvres camplètes, t. V, p. 87.

[8] Cf. Hechas de las Apóstales, IV, 12: "El (Jesús) es la piedra rechazada por vasatros los canstructares, que ha venido a ser la piedra angular. En ningún otro hay salud, pues ningún atra hombre más ha sido dado bajo el cielo entre los hombres, por el cual padamos ser salvos."

[9] "...Gustave Thibon, en el interesantísimo folleto en que relata las jornadas de Waasmunster, afirma, con razón, que la solución debe buscarse en la perspectiva de un humanismo total, el cual debe definirse también con relacián al bien total. Estamas de acuerda. ¿Pero cámo definir ese bien total? Thibon dice simplemente: Bien es tado lo que une; mal es lo que separa. Así Dios es tratada por peterición. Cierto, Thibon, lo sobreentiende. Para él y para muchas católicos que se ocupan can fervor de cuestiones sociales y celebran congresos de todas clases, Dios entra en la definición del bien total del hambre, del bien camún. Pero no se dan cuenta que, si descuidan el declararlo abiertamente, no es porque la casa sea natural, y sea redundancia el hacerlo expresamente. Es justamente porque na se da por sabido y se teme alejar una parte de su público a la cual se querría arrastrar hacia concepciones sanas y respetuosas, al menos del orden natural... Si hacéis entrar a Dios en la definicián del bien común, es precisa declararlo abiertamente. Es preciso tomar posición contra el ateísmo... Parque eludir la cuestión es marchar en la direccián del ateo..., es hacer cambiar el sentido a todos los valores naturales..." (Abate Richard. L'Hamme nauveau, 14 setiembre 1952, p. 4).

[10] Por el contrario, escuchemos a Pío XII, dirigiéndose, el 15 de abril de 1953, a los Camités Cívicas Italianas: "Notadla bien, después que la humanidad ha realizado su progresiva apostasía lejos de Jesús, muchos «maestros» han pretendido substituirle para instruirla y guiarla, muchos «constructares» han intentado proporcionarles las estructuras necesarias, muchos «médicos» han intentado curarla de sus enfermedades y de sus llagas.

Pera todos, para terminar, se han encontrada ante una humanidad desorientada, desalentada, sin fuerza. Es preciso, pues, con tanta más salicitud, llevar a las hombres al canvencimiento final de que «magister unus est Christus» (que Cristo es el única maestro) y que sálo en El puede encontrarse la salvacián del mundo con todas sus estructuras y de los hombres con todos sus problemas. «Nan est in alia aliqua salus» (Sóla en El está la salvación)."

[11] Paradaja espantable, si uno quiere ponerse en guardia, la de ver de este moda a la inteligencia negarse a sí misma: parque solamente apoyándose en ella los filósofas llegan a dar una apariencia de argumento a la negacián de esto mismo que le permite anticipar lo que dicen. ¿Hay algo más absurdo, en verdad y más contrario al más elemental buen sentido que esta facultad del conocimiento que llega a la conclusión de que ella no tiene pader para conocer las verdades de su incumbencia?

[12] Las partidarios del empirismo quieren cantentarse con un método exclusivamente experimental, que conduce, por sí misma, a un descanocimiento grave del valor de los atributos metafísicas, ciencia suprema, en cierto modo, de las justas pasibilidades naturales de nuestra inteligencia.

[13] El sensualismo es un sistema empírico que consiste en considerar los sentidos como el principia suficiente de nuestras ideas, confundienda así la inteligencia con la sensibilidad.

[14] El pasitivisma consiste en la negacián de tada metafísica.

[15] El idealismo es un término que sirve para designar sistemas muy diversos. Aunque no pueda decirse que como tales sistemas nieguen la inteligencia y la metafísica, canducen igualmente a este resultado par la falsa idea que se hacen de la vida intelectual y del problema del conocimiento. Cf., principalmente, el idealisma trascendental de Kant, el idealisma subjetiva de Fichte y, sabre tada, el idealismo absaluto de Hegel, fundado sobre la identidad de las cantrarios, es decir, sabre la ruina de la nocián de ser, objeto misma de la inteligencia.

[16] Los fenomenistas no admiten que podamas conacer otra cosa que las fenámenos (apariencias). De este moda están cercanos al positivismo y al idealismo (Cf. Berkeley, Hume, Kant, Renouvier, etc.).

[17] El pragmatismo, cuanda se erige en sistema completo y afirma que la verdadero coma lo bueno se confunden can la útil, zozobra en un grave errar que lleva a arruinar el valor de los conceptas metafísicos, y par ello conduce a un deplarable desconocimiento del justo poder de la inteligencia humana.

[18] El tradicionalismo es un sistema que exagera la necesidad de la tradición y piensa que la razán es impotente para llegar a la verdadero. De Bonald, par ejemplo, na ha podido defenderse cantra este error, por otra parte condenada par la Iglesia.

[19] El "devenir", sienda, en cierta manera, definida y exaltado en detrimento de la nocián de ser, abjeta misma de la inteligencia.

[20] En efecta, cansiderados bajo un cierta aspecta, las consecuencias de estas filosofías son análagas a las de los filásafas del "devenir".

[21] De Revelatiane, can. 1.

[22] Al menos sin obstáculos absolutamente insuperables. No olvidemas que, después del pecado original, tada alma encuentra en ella ciertos abstáculos que hacen, generalmente largo y difícil, un saludable conacimiento de Dios. He aquí par qué la fe y la revelación san narmalmente necesarias para que cada uno pueda fácilmente, rápidamente y sin error conocer a Dios.

LAS DISTINTAS ESCUELAS POLITICAS Y ECONOMICO-SOCIALES DE LA ACTUALIDAD

Con el estudio se debe unir la acción. De ningún modo los católicos pueden reducirse a la simple posición de observadores, sino que deben sentirse como investidos de un mandamiento de lo alto.

JUAN XXIII. Mensaje de Navidad 1959.

Después de una interesante introducción, Cruzado Español en su número 105-108, publica el siguiente estudio, de gran actualidad.

Enseñó León XIII en su Encíclica *Libertas:*

"Cuando tiranice o amenace un gobierno que tenga a la sociedad injustamente oprimida, o arrebate a la Iglesia la libertad debida, es lícito procurar al Estado otro temperamento, con el cual se pueda obrar libremente...

"No condena tampoco la Iglesia el deseo de liberarse de la dominación extraña o despótica, con tal que esto pueda hacerse quedando la justicia incólume."

Pío XI, en su Encíclica *Firmissimam constantiam*, dirigida al Episcopado mexicano, afirmaba:

"Vosotros, Venerables Hermanos, habéis recordado a vuestros hijos más de una vez que la Iglesia fomenta la paz y el orden, aún a costa de graves sacrificios, y que condena *toda insurrección violenta, que sea injusta,* contra los poderes constituídos. Por otra parte, Vosotros también habéis afirmado que, cuando llegare el caso de que esos poderes constituídos se levantaren contra la justicia y la verdad hasta destruir aun los fundamentos mismos de la autoridad, no se ve cómo se podría condenar entonces el que los ciudadanos se unieran para defender la sociedad y defenderse a sí mismos con medios lícitos y adecuados contra los que se valen del poder público para arrastrarle a la ruina."

El día 14 de setiembre de 1936, el Papa Pío XI recibe a los seglares y eclesiásticos españoles refugiados en Roma, y les dice:

"Vaya Nuestra Bendición por encima de todo interés humano, y de una manera especial, para los que han tomado sobre sí la larga, dura y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión, que es como decir, los derechos y la dignidad de la conciencia, primera condición y base sólida de todo bienestar humano y civil..."

Y el 16 de abril de 1939, el Papa Pío XII envía un Mensaje a España. Una prueba más, la más explícita, de que el Alzamiento español de 1936 fue una verdadera Cruzada, reconocida por la Iglesia de Cristo:

"Persuadido de esta verdad, el sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, se alzó decidido en defensa de los ideales de fe y civilización cristiana, profundamente arraigados en el suelo de España; y ayudado de Dios, *que no abandona a los que esperan en El* (Iudith, XIII, 17), supo resistir al empuje de los que engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación del humilde, en realidad no luchaban sino en provecho del ateísmo."

Estas declaraciones del Vicario de Cristo son muy significativas si se tiene en cuenta que Benedicto XV se negó a bendecir a los ejércitos del emperador austro-húngaro Francisco José, alegando que tenía hijos de la Iglesia en ambos bandos.

Terminaremos este capítulo con algunas reflexiones de nuestro Jaime Balmes:

"Así como la obediencia a los amos mandada en los Libros Santos no priva de su derecho al esclavo que fuese injustamente detenido en esclavitud, tampoco la obediencia a las autoridades constituídas debe entenderse sino cuando éstas *sean legítimas, o cuando así lo dicte la prudencia para evitar perturbación y escándalos.* En confirmación a la doctrina del *hecho* cítase a veces la conducta de los primeros cristianos. «Estos, se dice, obedecieron a las autoridades constituídas sin cuidar si eran legítimas o no...» Cuando las legiones decidían la suerte del mundo, elevando y asesinando sucesivamente a sus amos, ¿qué podía, qué debía hacer el cristiano? Discípulo de un Dios de paz y de amor, no le era lícito tomar parte en criminales escenas de tumulto y de sangre; incierta y fluctuante la autoridad, no era él quien debía entrometerse en decidir si era legítima o ilegítima, no le quedaba otro recurso que someterse a la potestad generalmente reconocida; y en sobreviniendo uno de los cambios a la sazón tan frecuentes, resignarse a prestar la misma obediencia a los gobernantes nuevamente establecidos. Mezclándose los cristianos en los disturbios políticos, no hubieran alcanzado más que desacreditar la Religión divina que profesaban, dar ésa a los falsos filósofos y a los idólatras para aumentar el catálogo de las negras calumnias con que procuraban afearla, suministrar pretextos a que se extendiese la fama que acusaba al cristianismo de subversivo a los estados, excitar contra sí el odio de los gobernantes, y aumentar los rigores de la persecución, que tan crudamente acosaba a todos los discípulos del Crucificado.

"Esta situación ¿es acaso semejante a otras muchas que se han visto en los tiempos antiguos y modernos? Esta conducta de los primeros cristianos ¿podría ser, por ejemplo, como pretendían algunos, *la norma de conducta de los españoles cuando se trató de resistir a la usurpación de Bonaparte?...* ¿Puede ser un argumento para asegurar en su poder a todo linaje de usurpadores? No; el hombre, por ser cristiano, no deja de ser ciudadano, de ser hombre, de tener sus derechos, y de obrar muy bien cuando *en los límites de la razón y de la justicia* se lanza a defenderlos con intrépida osadía...

"Cuando se habla del respeto a los *hechos consumados,* no faltan hombres perversos que entienden significar sanción de crímenes, seguridad de la presa cogida en las revueltas, ninguna esperanza de reparación para las víctimas, tapar sus bocas para que no se oigan sus quejas. Pero otros no abrigan semejantes designios; sólo padecen una confusión de ideas que nace de no distinguir entre los principios morales y la conveniencia pública... Un hecho consumado, por sólo serlo, no es legítimo, y, por consiguiente, no es digno de respeto. El ladrón que ha robado no adquiere derecho a la cosa robada; el incendiario que ha reducido a cenizas una casa no es menos digno de castigo y merecedor de que se le fuerce a la indemnización, que si se hubiese detenido en un conato; todo esto es tan claro, tan evidente, que no consiente réplica. Quien lo contradiga es enemigo de toda moral, de toda justicia, de todo derecho, establece el exclusivo dominio de la astucia y de la fuerza.

"Por pertenecer los hechos consumados al orden social y político, no cambian de naturaleza: el usurpador que ha despojado de una corona al poseedor legítimo, el conquistador que, sin más título que la pujanza de sus armas, ha sojuzgado a una nación, no adquiere con la victoria ningún derecho: el gobierno que haya cometido grandes tropelías, despojando a clases enteras, exigiendo contribuciones no debidas, aboliendo fueros legítimos, no justifica sus actos por sólo tener la suficiente fuerza para llevarlos a cabo. Esto no es menos evidente: y si diferencia existe, está sin duda en que el delito es tanto mayor cuanto se ha irrogado daños de más extensión y gravedad, y se ha dado un escándalo público. Estos son los principios de sana moral, moral del individuo, moral de la sociedad, moral del linaje humano, moral inmutable, eterna...

"Si se diese que un gobierno constituído de hecho está obligado, mientras lo es, a defender la justicia, a evitar los crímenes, y a procurar que no se disuelva la sociedad, se establecerían verdades comunes que todos reconocen, y que nadie niega: pero añadir que es ilícito, que es contra nuestra divina Religión el reunirse, el juntar fuerzas..., es una doctrina que jamás profesaron los teólogos católicos, que jamás admitió la filosofía, que jamás practicaron los pueblos...

"Una política justa no sanciona lo injusto; pero una política cuerda no desconoce nunca la fuerza de los hechos. No los reconoce *aprobando,* no los acepta *haciéndose cómplice;* pero si existen... procura hermanar *los principios de eterna justicia con las miras de conveniencia pública.* No será difícil ilustrar este punto con un ejemplo que vale por muchos. Después de los grandes males, de las enormes injusticias de la Revolución francesa, ¿cómo era posible una completa reparación? ¿En 1814 era dable volver a 1789? Volcado el trono, niveladas las clases, dislocada la propiedad, ¿quién era capaz de reconstruir el edificio antiguo?...

"...No, no es verdadera esa doctrina degradante, esa doctrina que decide de la legitimidad por el resultado de la usurpación, esa doctrina que a

un pueblo vencido y sojuzgado por cualquier usurpador, le dice: «obedece a tu tirano, sus derechos se fundan en su fuerza, tu obligación en tu flaqueza». No, no es verdadera esa doctrina que borraría de nuestra historia una de sus más hermosas páginas cuando, levantándose contra las intrusas autoridades del usurpador, luchó por espacio de seis años en pro de la independencia, y venció por fin al vencedor de Europa."

¿Qué hubiera dicho Balmes acerca de la Epopeya española del 18 de Julio de 1936?

EL INDIFERENTISMO POLITICO

El general descrédito en que ha caído la política liberal, alimentada por las odiosas querellas partidistas, enemigas del bien social, ha originado, como funesta consecuencia, el indiferentismo político, verdadero prejuicio que mantiene alejados de toda preocupación por los intereses públicos de la sociedad, a muchos de nuestros hermanos.

La palabra "política" tiene dos acepciones: arte de gobernar a los pueblos para el bien de la *ciudad* o cosa pública; habilidad para lograr uno su intento. Por desgracia, son muchos los ciudadanos, incluso católicos, que han olvidado por completo la primera acepción, que es la noble, y no admiten otra que la segunda, la cual puede ser enteramente ajena, y aún opuesta, a los intereses patrios.

Semejante indiferentismo por los más elevados intereses sociales ha sido justamente reprobado por los Vicarios de Jesucristo.

Enseña León XIII:

"...Si por la ley de la naturaleza estamos obligados a amar especialmente y defender la sociedad en que nacimos, de tal manera que *todo buen ciudadano esté pronto a arrostrar hasta la misma muerte por su patria,* deber es, y mucho más apremiante, en los cristianos, hallarse en igual disposición de ánimo para con la Iglesia.

"Por lo demás, si queremos sentir rectamente, el amor sobrenatural de la Iglesia y el que naturalmente se debe a la patria, son dos amores que proceden de un mismo principio eterno, puesto que de entrambos es causa y autor el mismo Dios; de donde se sigue que no puede haber oposición entre los dos..." (Enc. *Sapientiae Christianae).*

"Tomar parte en la administración de los negocios públicos, a no ser donde por singular condición de los tiempos, se ordene de otro modo, es honesto; y aun más, la Iglesia aprueba que cada uno coopere al bien común, y que según su posibilidad defienda, conserve y haga prosperar al Estado." (Enc. *Libertas.)*

"De interés público es también el colaborar, con prudencia, en el terreno de la administración pública, procurando que se provea a la educación reli-

giosa y moral de los jóvenes, cual conviene a los buenos cristianos, pues de ello depende en gran parte el bienestar de la sociedad.

"Asimismo, hablando *en general*, es bueno y conveniente que la acción de los católicos salga de este estrecho círculo a campo más vasto y extendido, y aun llegue a los altos poderes del Estado. Decimos *en general*, porque estas Nuestras enseñanzas tocan a toda clase de pueblos; pero, por lo demás, puede muy bien suceder que, por causas gravísimas y justísimas, no convenga intervenir en el gobierno de un Estado, ni ocupar en él cargos políticos; mas, en general, como hemos dicho, el no querer tomar parte ninguna en la pública gobernación sería tan malo como no querer prestarse a nada que sea de utilidad común, tanto más cuanto que los católicos, enseñados por la misma doctrina que profesan, están obligados a administrar las cosas con entereza y fidelidad; de lo contrario, si están quietos y ociosos, fácilmente se apoderarán de los asuntos públicos personas cuya manera de pensar puede no ofrecer grandes esperanzas de saludable gobierno." (Enc. *Immortale Dei.)*

El Papa Pío XI, en su Discurso a la Federación Universitaria Católica Italiana (18-12-1927), se expresó así:

"...Cuanto más vasto e importante es el campo en el que se puede trabajar, más imperioso es el deber. Y tal es el dominio de la política que mira los intereses de la sociedad entera, y que, bajo este aspecto, es *el campo de la más vasta caridad, de la caridad política, de la que se puede decir que no le supera otro, salvo el de la Religión.*"

Y en su carta *Ex officiosis litteris* al Cardenal Gonçalves Cerejeira, Patriarca de Lisboa (10-11-1933), afirmaba Pío XI, con referencia a la Acción Católica, que, "como la Iglesia, de la cual es colaboradora, no busca directamente un fin propio de esta vida terrestre, sino más bien de la espiritual y celeste", y que "es conforme a su naturaleza el que, como la Iglesia, se mantenga por encima y al margen de los partidos políticos..."

"Lo cual no impide —añade el Papa—, por otra parte, que cada uno de los católicos pueda pertenecer a organizaciones de carácter político, siempre que en su programa y en su actividad den las necesarias garantías de tutelar los derechos de no atacar a Dios y a los derechos de la Iglesia. Mas aún; el preocuparse de la vida política, y aun el participar en ella, es *deber de caridad social*, porque todo ciudadano tiene la obligación de preocuparse, cuanto pueda, del bien de su propio país. Y, cuando tal participación está inspirada en los principios cristianos, no puede menos de producir gran bien, no sólo en la vida social, sino también en la vida religiosa. Por lo tanto, la Acción Católica, aun sin hacer política, en el sentido estricto de la palabra, prepara a sus adeptos para que hagan buena política, inspirada totalmente en los principios cristianos, que son los que solamente pueden llevar la prosperidad y la paz a los pueblos, de manera que no resulte aquel hecho —en sí monstruoso y no infrecuente— de que hombres que se dicen católicos tengan distinto modo de pensar y obrar en la vida pública que en la privada."

Pío XII, en su Discurso a los Dirigentes y Socios de la Acción Católica Italiana (3-5-1951), exponía idéntica doctrina:

"No tenemos necesidad de enseñaros que la Acción Católica no está llamada a ser una fuerza en el campo de la política de partido. Los ciudadanos católicos, en cuanto tales. pueden muy bien unirse en una asociación de actividad política; es su perfecto derecho legítimo, no menos como cristianos que como ciudadanos. La presencia en sus filas y la participación de miembros de Acción Católica —en el sentido y hasta en los límites anteriormente expuestos— es legítima, y hasta puede ser del todo deseable. No podría, en cambio, admitirse, aun en virtud del art. 43 del Concordato entre la Santa Sede e Italia, que la Acción Católica Italiana llegara a ser una organización de partido político."

Más explícitamente lo expone Pío XII en su Discurso al Congreso Mundial del Apostolado Seglar (14-10-1951). Ataca la acusación liberal de la intervención de la Iglesia en los asuntos políticos, sociales y económicos: "Os felicitamos por vuestra oposición a esa tendencia nefasta que reina aún entre los católicos, y que quisiera confinar a la Iglesia a las cuestiones *puramente religiosas.*" Y a continuación, reprueba el indiferentismo político de los católicos:

"Necesaria y continuamente, la vida humana —la privada y la social— se encuentra en contacto con la ley y el espíritu de Cristo; de ahí resulta, por fuerza de las cosas, una compenetración recíproca del apostolado religioso y de la acción política.

"Política, en el sentido noble de la palabra, no quiere decir otra cosa que colaboración para el bien de la *ciudad.* Pero este bien de la ciudad tiene una extensión muy grande, y, por consiguiente, es en el terreno político donde se discuten y se dictan también las leyes de la mayor importancia, como las que conciernen al matrimonio, la familia, el niño, la escuela, por limitarnos a estos ejemplos. ¿No son esas, acaso, cuestiones que interesan primordialmente a la Religión? ¿Pueden dejar indiferente, apático, a un apóstol?... La Acción Católica no debe entrar en liza en la política de partido. Pero... tan loable como es mantenerse por encima de las querellas contingentes que envenenan las luchas de los partidos... «tan reprobable sería dejar libre el campo, para dirigir los negocios del Estado, a los indignos o a los incapaces». ¿Hasta qué punto puede y debe el apóstol mantenerse a distancia de este límite? Difícil es formular en este punto una regla uniforme para todos. Las circunstancias, la mentalidad, no son las mismas en todas partes."

Lo que necesariamente han de tener presente todos los católicos, en sus actuaciones en el terreno político, es el pretender arrastrar a la Iglesia a la causa política que defienden, por noble y justa que fuera. Hay que huir, tanto de la *separación* de las cosas sagradas de las civiles, según entienden los liberales, como de la *confusión* de ellas, pues sus fines próximos son distintos.

Afirma León XIII: "...No cabe la menor duda de que hay una contienda honesta en materia de política; y es cuando, *quedando incólumes la verdad y la justicia*, se lucha para que prevalezcan las opiniones que se juzgan ser las más conducentes para conseguir el *bien común*. Mas, arrastrar a la Iglesia a algún partido político, o querer tenerla por auxiliar para vencer a los adversarios, es propio de hombres que abusan inmoderadamente de la religión. Por lo contrario, la religión ha de ser para todos, santa e inviolable, y aun en el mismo gobierno de los pueblos que no se puede separar de las leyes morales y deberes religiosos, se ha de tener siempre y ante todo presente qué es lo que más conviene al nombre cristiano."

A continuación, exhorta el Papa a los católicos que, frente a los enemigos del nombre cristiano, deben deponer todas sus diferencias a fin de pelear unidos en defensa de la fe:

"Y si en alguna parte se ve que éste (el nombre cristiano) peligra por las maquinaciones de los adversarios, deben cesar todas las diferencias; y, unidos los ánimos y proyectos, peleen en defensa de la religión, que es *el bien común por excelencia, al cual todos los demás se han de referir*." (Encíclica *Sapientiae christianae.)*

La falta de ciencia política, la falsa noción de la autoridad civil, ha inducido a la propagación del absurdo dilema: *o democracia o dictadura*. La democracia, tal como se estila hoy día —la democracia inorgánica—, no se opone a la dictadura; ésta es consecuencia de aquélla. Hay que decir si se quiere razonar debidamente: o democracia (inorgánica), con todos sus consecuentes riesgos de dictadura, o régimen estable y organizado conforme a los principios cristianos y a las leyes tradicionales de la sociedad.

"Ceder el puesto al enemigo, o callar cuando de todas partes se levanta incesante clamoreo para oprimir la verdad, propio es, o de hombres cobardes, o de quien duda estar en posesión de las verdades que profesa. Uno y otro es vergonzoso e injurioso a Dios; uno y otro contrario a la salvación del individuo y de la sociedad; provechoso únicamente para los enemigos del nombre cristiano, porque la cobardía de los buenos fomenta la audacia de los malos".

León XIII: "Sapientiae christianae" (10 enero 1890).

El sultán Saladino envía el siguiente mensaje a Pío II: "Voy a Roma; pienso transformar en mezquita la Basílica de San Pedro." El Papa contesta: "La nave puede ser agitada por la tempestad, pero no se hunde." Y no se hundió.

UN DOCUMENTO CAPITAL DEL CARDENAL SPELLMAN

La segunda guerra mundial asegura la colaboración de Rusia y de América en un esfuerzo común. Esta época se caracterizó en particular, por la llamada "disolución", por Stalin, de la Internacional comunista.

Este gesto, realizado con el objetivo de engañar a los Estados libres, ha conseguido su fin. Por él, Stalin llega a "ablandarnos" y a hacernos trabajar con entusiasmo para dejar en las manos de los tiranos soviéticos los países ahora cautivos detrás de la cortina de hierro.

Es el Arzobispo de Boston, S. Em., el Cardenal Richard Cushing, quien escribe estas líneas en su obra: "Preguntas y respuestas sobre el comunismo".[1]

* * *

Luego, otro prelado de Estados Unidos acaba de demostrar recientemente que la utopía de una partición del mundo entre los grandes fue el argumento decisivo de una colaboración tan extraña como nefasta.

Es difícil no ver el juego concertado de poderes anónimos u oscuros en la camarilla de ciertas personalidades políticas. La ingenuidad, la adhesión a las fórmulas perimidas de un Juan Jacobo Rousseau permiten excusar a numerosos dirigentes, pero no lo explica todo.

Poco nos importa que un Franklin D. Roosevelt sea puesto "entre los conscientes" de un ideal sinárquico o entre las víctimas demasiado confiadas de consejeros perversos. Lo que nos interesa es observar las consecuencias espantosas de un internacionalismo que destroza a su gusto el mundo y que lanza a los hombres y a las naciones como nubes de verano a merced del "viento de la Historia".

El 3 de setiembre de 1943, Roosevelt recibía a S. E. el Cardenal Spellman, Arzobispo de New York... La entrevista es así relatada en las memorias del Cardenal Spellman.[2] Reproducimos la traducción dada por "La Nation Roumaine" en su publicación en francés.[3]

* * *

"Se preve un acuerdo entre los Cuatro Grandes. Como consecuencia de "este acuerdo, el mundo será dividido en esferas de influencia. La China re- "cibirá el Extremo Oriente, los Estados Unidos el Pacífico; Gran Bretaña "y Rusia, Europa y Africa. Pero como Gran Bretaña tiene sobre todo in- "tereses coloniales, puede presumirse que Rusia tendrá predominio en Europa. "A pesar del hecho de que Tchang Kai Shek participará en las grandes

"decisiones concernientes a Europa, se entiende que no tendrá influencia so-"bre ellas."

"Esto será también válido, aunque en menor grado para los Estados "Unidos. Aunque podrá ser sólo un deseo, él (Roosevelt) esperaba que la "intervención rusa en Europa, no fuera demasiado dura."

"La última reunión no ha resultado porque se ha permitido a los pe-"queños Estados intervenir. La unión futura será concertada solamente por "las cuatro grandes potencias (Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia y Chi-"na). Los pequeños Estados formarán una asamblea consultiva, sin tener el "derecho de decidir o de votar."

"Por ejemplo, en el armisticio con Italia, Grecia, Yugoslavia y Francia "pidieron ser cosignatarias. Ellas no tenían derecho de concurrir a las asam-"bleas de los Grandes. Solamente Rusia es admitida, porque es grande, po-"derosa, y porque se impone, simplemente."

"Una entrevista con Stalin será obtenida sin duda cuando las circunstan-"cias lo permitan. El (Roosevelt) cree ser más apto para llegar a un acuerdo "con Stalin, que Churchill. Churchill le parece demasiado idealista, él se con-"sidera realista. Igual que Stalin. Por ello un entendimiento entre ambos "sobre una base realista, es probable. Tiene el deseo (Roosevelt), pese a que "parece improbable, de obtener de Stalin el compromiso de no extender el "territorio de Rusia, más allá de cierta línea. Recibirá Rusia, efectivamente: "Finlandia, los Estados Bálticos, la mitad oriental de Polonia, Besarabia. No "es el caso de oponerse a estos deseos de Stalin, porque lo mismo puede "tomar estos territorios. Entonces más vale dárselos graciosamente."

"Después el pueblo de Polonia oriental deseará ser ruso. Pero no hay "total seguridad de que Stalin quede satisfecho con esas fronteras. Hay que "advertir que Rusia ha nombrado gobernadores comunistas para Alemania, "Austria y otros países, que podrá instalar regímenes comunistas, de manera "que Rusia no tendrá necesidad de avanzar. Ha estado de acuerdo en que "debía temerse esto. Pregunté en seguida si los aliados no harían nada que "pudiera detener este avance, alentando en esos países a los mejores elemen-"tos, exactamente como Rusia alentaba a los comunistas."

"Ha contestado que nada parecido estaba previsto. ¿Es entonces probable "que los regímenes comunistas se propaguen sin que hagamos nada? Francia "puede ser que escape si tiene un gobierno a lo Leon Blum. El frente popular "será de tal manera superado que los comunistas lo aceptarán eventualmente."

"Existe la cuestión directa de si Austria, Hungría y Croacia caerán bajo "una cierta forma de protectorado ruso. La respuesta ha sido claramente afir-"mativa. Pero ha agregado que no debemos desconocer las magníficas reali-"zaciones económicas de Rusia. Sus finanzas son sanas. Es natural que los "países europeos deban sufrir cambios a fin de adaptarse a Rusia, pero es-"pera que en diez o veinte años, las influencias europeas lograrán volver a "Rusia menos bárbara."

"Como quiera que sea —agregó— Estados Unidos y Gran Bretaña no "pueden combatir a Rusia. La producción rusa es de tal magnitud que, a "excepción de los camiones, la ayuda norteamericana es despreciable. Espera "que una amistad forzada, resultará muy pronto real y duradera. Los pue-"blos de Europa tendrán simplemente que soportar la dominación rusa, en "la esperanza de que en diez o veinte años, serán capaces de vivir en paz "con Rusia. Finalmente confía en que Rusia ha de mantener el 40 % del "régimen capitalista y que los capitalistas retendrán solamente el 60 % de su "sistema, y así un acuerdo será posible. Esta es la opinión de Litvinoff."

"Ningún plan para un gobierno austríaco en el exilio se ha proyectado, "ni será tolerado. No habrá oposición a un régimen austríaco dominado por "los comunistas."

"Entre Roosevelt y Churchill se ha acordado que Alemania será dividida "en varios estados. No tendrá gobierno central, pero será dominada por los "Cuatro Grandes, y sobre todo por Rusia. No habrá tratado de paz, sino "simplemente un decreto de los Cuatro Grandes."

---

[1] Traducción, en francés, realizada en Canadá y prefacio por S. E. Mons. Cabano, Obispo de Sherbraocke (Edit. Apostolat de la Presse). En venta en la Cité Catholique en Quebec y en París.

[2] V. Cardenal Spellman Story, por R. P. Robert J. Gannan S. J. Reseña aparecida en la edición de New York del "New York Herald Tribune" del 16 de marzo de 1962.

[3] Número de febrero-marzo 1962, 35, Boulevard de Strasburg. París.

EUTANASIA

El veredicto escandaloso dado en el proceso de Lieja, autoriza, para la opinión pública, en lo venidero, el asesinato de los inválidos e incurables. Todo se ha orquestado para perturbar la opinión de gentes sin defensas en el terreno de los principios. Ningún argumento vale contra la eutanasia cuando se olvida a Dios y se niega el valor del sufrimiento.

Dice la Declaración del Episcopado belga al respecto:

"Los cristianos tienen el deber de desaprobar y de condenar cualquier forma de eutanasia. Deben comprender el valor que puede revestir un sufrimiento humano y mostrarán cómo aprecian la grandeza del alma y la delicadeza de corazón de los que rodean con un amor redoblado a los seres desfavorecidos por la naturaleza. La caridad y el espíritu de negación que inspiran tal conducta son el mejor homenaje rendido al misterio de la vida y a la dignidad de la persona humana."

De donde, muy fácilmente se concluye que, ningún fundamento tienen los "derechos del hombre" cuando no se vinculan al orden trascendente y no reconocen los Derechos de Dios.

A LOS LECTORES

Hacemos la primera entrega de Verbo de 1963, renovado y tratando de que llene las necesidades de formación e información que requieren las células y nuestros amigos.

No podemos permanecer indiferentes en la guerra que hoy azota al país.

Tal vez, aún, a algunos (quiera Dios que sean pocos) asombre la afirmación anterior. Sin embargo, hay que ser muy ciegos para no ver que la guerra revolucionaria gana hoy posición tras posición y que el enemigo se apresta, a breve plazo, a librar no una batalla más —entendámoslo bien— sino la última y definitiva. En tales extremos estamos.

La guerra revolucionaria comunista ha superado inclusive los conceptos de la guerra total, llegando a una forma de guerra que existe aún cuando no esté declarada, con operaciones de un tipo muy diferente a los de la guerra clásica, llevadas, sin reparar en medios, sin escrúpulos ni principios éticos, a todos los órdenes de la nación atacada, político, social, educacional, económico, militar, mediante la infiltración y la penetración abierta o encubierta, franca o solapada, según sus conveniencias o posibilidades, actuando tanto sobre las reservas espirituales como físicas, para desquiciar y envilecer, a fin de debilitar tanto sobre las mentes como sobre los cuerpos las defensas y el poder de reacción cuando llega el momento de la acción decisiva.

Estamcs, pues, ante un tipo de guerra que podríamos calificar de guerra íntegra. Guerra que le ha permitido a la ideología comunista llegar al sometimiento de más de la tercera parte de la población mundial, y sólo en los últimos quince años, a más de ochocientos millones de hombres. [1]

Y entre nosotros, nadie pensaba hasta hace muy poco —tal la modorra de los buenos— que un suceso como el tristemente célebre del Acorazado Potemkin, pudiera tener como escenario a la muy católica Argentina. No obstante, ya tenemos aquí, la prefiguración de aquel tremendo acontecimiento.

La subversión va tomando así, caracteres de catástrofe.

Y cada día que transcurre sin el esfuerzo de cada uno de los que creen en Cristo, en su Iglesia, en los valores eternos de su doctrina, es un triunfo que obtiene el enemigo.

Recordemos las palabras del Cardenal Ottaviani: "Nosotros hemos pecado y pecamos por omisión." "Se puede ser el hombre más encumbrado en la escala social, y estar muerto. Se puede todo, menos vivir en este estado de insensibilidad. La vida se demuestra en el resentirse del dolor, en la vivacidad

con que se reacciona a la herida, en la prontitud y la potencia de la reacción. Si uno no reacciona, está totalmente perdido." [2]

¿Cómo podremos "omnia instaurare in Cristo", si el orden que esto supone no lo tenemos en nuestro interior, si con avidez y ardor no nos despegamos, no nos aligeramos, para poder ver claro, para actuar con decisión, de todo el sedimiento que el mundo deposita en nosotros?

Hoy más que nunca necesitamos de los Ejercicios Espirituales, del estudio consciente, de la acción tenaz y prudente que de ellos se nutre, cada cual en su puesto, sin ningún interés personal que la desvíe, sin ningún subjetivismo. Sólo así podremos actuar con la UNIDAD y COORDINACION —regla de oro en este momento— que requiere la situación.

La Misericordia Divina, mediante estas tristes experiencias, nos está dando un imperioso alerta.

Sólo nos queda, pues, rápidamente, demostrar que la Verdad que profesamos tiene en nosotros estandartes vivos, soldados de su causa.

---

[1] "Estudias sabre el Camunisma". Año X, Nº 38, actubre-diciembre, pág. 12 Santiaga de Chile.

[2] Alacucianes del Cardenal Ottaviani. En la Basílica Vaticana. "L'Osservatore Ramano" Nº 275, 27 de noviembre de 1956. En la Capilla Borghesiana de Santa María la Mayar, 7 de enero de 1960.

AUTO PASTORAL

DEL EMINENTISIMO Y REVERENDISIMO SEÑOR CARDENAL DOCTOR ANTONIO CAGGIANO ARZOBISPO DE BUENOS AIRES Y PRIMADO DE LA ARGENTINA

En vísperas de emprender nuestro viaje a Roma para participar en el Concilio Ecuménico Vaticano II, sentimos la necesidad de dirigirnos a nuestros fieles y conciudadanos de la Arquidiócesis de Buenos Aires, para despedirnos de ellos como hace el padre cuando se aleja de la familia que ama entrañablemente.

No solamente somos Padre y Pastor de los fieles que forman nuestra familia católica; pertenecemos también a la familia argentina, y en ella, por nuestra larga actuación y colaboración en actividades de cultura y bienestar común, nos sentimos fuertemente vinculados a nuestros conciudadanos en la unidad y en el amor común de nuestra Patria.

Queremos, pues, despedirnos de todos.

Al hacerlo así, después de agradecer a Dios nuestro Señor el beneficio de nuestra salud, que, luego de haber superado dificultades de una intervención quirúrgica, está ya en franca y final convalecencia, agradecemos también todas las atenciones y el interés con que nos han confortado sacerdotes, religiosos y fieles, y también muchos de nuestros conciudadanos, que, no participando todos de nuestra Fe, sienten, sin embargo, el vínculo profundo que nos une en la realidad de una vida y amor común, sin los cuales no podríamos hablar con sinceridad de la Patria a la cual amamos y servimos.

Durante los días de nuestra enfermedad, esta experiencia reconfortante y consoladora nos ha confirmado en el propósito de seguir siempre en el servicio de la Iglesia y de nuestra Patria, en la seguridad de encontrar siempre en nuestros fieles y conciudadanos, no solamente comprensión y aprecio, sino también estímulo y colaboración.

Viajamos a Roma para participar en el próximo Concilio Ecuménico, del cual forman parte, como miembros esenciales por derecho divino y ordinario, los Obispos del mundo, Arzobispos, Primados y Patriarcas con jurisdicción actual sobre una determinada diócesis.

La Iglesia puede ampliar y de hecho ha ampliado los miembros participantes del Concilio; pero los miembros esenciales son en realidad y sobre todo los que, como sucesores de los Apóstoles, constituyen, juntamente con el Soberano Pontífice como cabeza, la Iglesia docente y dirigente, depositaria de la autoridad suprema y del magisterio infalible de la misma.

La constitución de la Iglesia en sus caracteres esenciales no es obra humana, sino de Jesucristo, su Divino Fundador: por eso se la califica como constitución divina.

Jesús eligió entre sus discípulos y seguidores a doce para que fueran sus legados y apóstoles,[1] los cuales como tales formaron el Colegio Apostólico. Entre ellos estaba Pedro, a quien el Señor, más tarde, prometió el Primado de la Iglesia, señalándole "como piedra sobre la cual fundaría su Iglesia", cuando le reconoció y proclamó públicamente como el "Cristo, Hijo de Dios vivo",[2] confiriéndoselo, ya resucitado y antes de la Ascensión, a orillas del lago de Tiberíades, cuando, en la triple confesión de amor exigida por Jesús, le ordenó: "Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas";[3] es decir, todo el rebaño.

Del Colegio Apostólico, presidido por Pedro, son sucesores y continuadores los Obispos presididos por el Sumo Pontífice, sucesor de Pedro.

No a todos los Obispos ni a todos los Sumos Pontífices fue dado el asistir a un Concilio Ecuménico. En 1879 se interrumpió el Concilio Vaticano I, y desde entonces no se celebró ninguno. Casi a la distancia de un siglo se reunirá el Vaticano II.

Sin embargo, todos los Obispos del mundo con jurisdicción actual presididos por el Sumo Pontífice, son y constituyen la unidad de los sucesores del Colegio Apostólico, cumpliendo la misión que les confió el Señor. Viven y actúan separados por las distancias; pero unidos en una misma Fe, y vinculados en el Primado de Pedro.

Pero compréndese bien que a veces es necesario el encuentro de todos, en una unidad de presencia, la cual facilita el ejercicio del Magisterio Infalible, del Ministerio común y del Régimen para que toda la cristiandad pueda ser mejor encaminada en la doctrina, en la recepción de la gracia, en la participación del culto y en la disciplina.

La necesidad de cumplir con su misión ante las dificultades, los errores, las dudas y las negaciones, es como la exigencia de lo que llamamos Concilio, que si es de toda la Iglesia, es Ecuménico o general; si es de todos los Obispos de una nación, nacional, y si es de una provincia eclesiástica, provincial.

Se ha escrito y se ha hablado mucho sobre los Concilios Ecuménicos; pero con frecuencia se ha encarado su estudio desde puntos de vista secundarios, considerando los aspectos históricos, la necesidad de reformas y de adaptación en las formas de apostolado y de los órganos que lo ejercen; y se ha llegado hasta señalar con insistencia la necesidad de reformas en la Curia Romana, y hasta en la tradicional vestimenta y ornamentos eclesiásticos. Evidentemente, esto implica una preocupación exagerada frente a un ambiente que mira superficialmente y sólo considera aspectos secundarios en una concepción naturalista o casi naturalista de la Iglesia.

Más grave es el lenguaje impreciso y sin definiciones claras que se ha empleado en ambientes que consideran a la Iglesia como a una de tantas instituciones de carácter jurídico bien organizada, pero que no trasciende el orden natural en que realizan su actividad las demás.

Y así se ha llegado a señalar que, en los Concilios, la Iglesia comprueba sus propios errores para dejarlos de lado y no repetirlos, sin distinguir si tales errores se refieren a la verdad revelada, a la disciplina eclesiástica o a la organización jurídica, sembrando así confusión en el ambiente.

Bastaría recordar la insistencia con que Su Santidad Juan XXIII, desde el primer anuncio del Concilio, en la encíclica *Ad Petri Cathedram,* hasta la inspirada encíclica *Poenitentiam agere,* nos ha exhortado a superar lo profano para dar lugar a lo sobrenatural en la consideración del Concilio, y para persuadirnos que su esencial característica es, ante todo y sobre todo, el de un misterio sobrenatural, en el misterio que es la misma Iglesia.

En primer término, el Concilio Ecuménico no es como un simple congreso o parlamento formado por delegados de Iglesias o grupos particulares. El Concilio es obra y de carácter sobrenatural de la Iglesia docente asistida por el Espíritu Santo, cuyo intérprete es el magisterio infalible del sucesor de Pedro, el Papa.

En esta obra colaboran todos los fieles, sin excluir ninguno: es obra de toda la Iglesia, del Cuerpo Místico de Jesús, figurado en la unidad de la vid y sus sarmientos. Cristo Jesús invisible, pero realmente presente y actuante en la Iglesia —como lo prometió al asegurarnos que estaría presente en ella hasta la consumación de los siglos—; y todos y cada uno de sus miembros animados todos por el alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo, intervienen activamente, aun no estando presentes en el lugar determinado en que funciona el Concilio, ya que el carácter de unidad y de comunidad de vida sobrenatural en Cristo Jesús no está limitado ni por el espacio, ni por el tiempo. Cada uno de los miembros actúa de acuerdo con la función y con la misión que le corresponde en la Iglesia; pero todos actúan en la unidad real del Cuerpo Místico de Jesús, que es la Iglesia; de modos diferentes, pero verdaderos, en una multiplicidad de actividades de las cuales las visibles, pero profundas, que actúan inspirando, animando y encauzando las actividades visibles y públicas: así para también, en forma análoga, en los organismos vivos, cuyas actividades exteriores están impulsadas por otras internas e invisibles menos importantes.

La Iglesia ha sido instituída por Jesucristo para proseguir su obra personal iniciada por El, visiblemente con su presencia entre nosotros y mientras permaneció con nosotros.

La Iglesia no es dueña de la verdad revelada que custodia, difunde y desarrolla, aplicándola concretamente para enseñarnos a "cumplir todo lo que el Señor le ha mandado".[4] Es, pues, absurdo pensar que el Concilio pueda

alterar, aunque sea en lo más mínimo, las verdades fundamentales de la fe contenidas en la revelación hecha por Jesús.

Por eso es lamentable que se haya escrito y hablado, no sin ligereza y ciertamente sin precisión de conceptos, "de reformas de la Iglesia y enmienda de sus errores".

En cambio, es evidente que puede haber "eventuales reformas en la Iglesia", que estudiará y realizará este próximo Concilio como lo hicieron en su tiempo los anteriores.

En la Iglesia no existen cambios o modificaciones de su doctrina revelada; pero sí existe el desarrollo de la misma, que sin modificarla sustancialmente, la hace como crecer en su conocimiento y en sus aplicaciones, al interpretarla y comunicarla.

Nadie en la antigüedad ha escrito página más resplandeciente y hermosa sobre este problema que San Vicente de Lerins. Su olvido fue y es causa de tremendas confusiones.

La Iglesia no cambia, es inmutable como la verdad de su fe revelada. "Pero en este caso —escribe el santo doctor— quizá diga alguien: ¿no habrá jamás progreso alguno religioso en la Iglesia de Cristo?" Y responde así: "Tan cierto es este progreso, y tan grande, que, para negarlo, sería preciso hallar uno que fuese muy enemigo de Dios y de los hombres. Sólo que es preciso tener muy presente que se trata de verdadero progreso y no de un cambio. Hay progreso cuando una cosa se desarrolla en sí misma, y hay cambio cuando una cosa deja de ser ella misma y se convierte en otra. Preciso es, pues, que crezcan estas doctrinas; que progresen grandemente, rápidamente, en el curso de las edades, con la ciencia, la inteligencia, la prudencia de todos y cada uno, de cada individuo y de toda la Iglesia. Pero que progresen en su naturaleza propia... Hay ciertamente gran diferencia entre la flor de la infancia y la madurez del hombre. Pero el hombre es el mismo que el adolescente. Obedezca, pues, la doctrina de la Iglesia a esta ley del progreso, profundícese con el tiempo; pero permanezca siempre una, pura, incorruptible. Todo lo que la fe de nuestros padres ha sembrado en el campo de la Iglesia, sea cultivado y embellecido; florezca, gracias al trabajo de sus hijos; madure, progrese y se desarrolle todo, a condición de no perder nada de su primera integridad".[5]

Hay en esta página una luz tan viva de verdad y una evidencia tan irresistible, que no podemos renunciar a completar lo citado, con estas palabras finales del mismo pensador.

La Iglesia de Jesucristo, fiel guardiana de la doctrina que le ha sido confiada, nada cambia, nada disminuye, nada aumenta en ella. Pero si se encuentran en ella puntos no acabados o no coordinados, los trabaja y los esclarece; consolida y confirma lo que ya estaba expresado, y, al propio tiempo, guarda cuidadosamente lo que ya estaba definido. ¿Qué hace en sus concilios, sino iluminar más vivamente lo que se creía más simplemente

hasta entonces, y hacer enseñar con más precisión lo que se creía más vagamente? Esto es lo que ha hecho siempre la Iglesia Católica. Ha resumido una ciencia inmensa en breves fórmulas; y, a menudo, para ayudar a la inteligencia, ha creado una palabra nueva para fijar el sentido antiguo de la fe.

Resumiendo esta doctrina fundamental, podemos, pues, decir: "Para nosotros, los católicos, el Concilio es algo más que un acontecimiento histórico: es un misterio de fe y de gracia, representa una intervención de Dios en la historia de la Iglesia y, por lo tanto, en la historia de la humanidad entera, bajo la particular asistencia y protección del Espíritu Santo. El Concilio no es solamente la reunión del Episcopado mundial, sino también un encuentro verdadero y propio del Episcopado mundial con el Espíritu Divino. En esto reside la importancia y el misterio del Concilio."[6]

El éxito del Concilio depende de la colaboración que todos los católicos y cristianos presten a la Iglesia en esta hora; y, más adelante, de la acogida que le brinden hombres y pueblos que aún no pertenecen a su seno.

Por de pronto, los católicos, sabiendo que la Iglesia pretende con el Concilio la renovación espiritual y sobrenatural de la vida cristiana, y su expansión en todo el mundo, le deben la contribución de sus oraciones y de sus sacrificios, tratando de renovar su propia vida en la práctica de todas las virtudes. Si alguno de nosotros permaneciere en la mediocridad de una vida cristiana que a veces parece más pagana que cristiana, impide de su parte que el Concilio tenga éxito.

La consigna en estos días debe ser para todos nosotros: "Hacer que Jesucristo reine en nosotros" y "tomar conciencia de nuestras responsabilidades cristianas". Salir del estado de pecado a la luz de una vida nueva, en que cumplamos nuestros deberes en el servicio de Dios y del prójimo, es lo primero. Mejorar nuestra oración y nuestra frecuencia de Sacramentos, con la intención de contribuir, con la reforma de nuestras vidas, a la reforma que se desea en la Iglesia, que es la reforma de la vida de los hombres que son sus miembros. La Iglesia es santa; pero está compuesta de justos y pecadores: la Iglesia, como Reino de Dios, no ha incorporado aún a todos los hombres redimidos por Jesús. Lo primero que la Iglesia pretende, es reducir, en su seno, el número de pecadores y aumentar el de los justos, para poder así más pronto y eficazmente dilatar el Reino de Dios. Manos, pues, a la obra: ayudemos a la Iglesia con nuestra propia reforma, que es nuestra propia santificación.

En vísperas del Concilio, cuando la tarea del Papa es más necesaria y preocupante, ¿qué hace el Papa? El Padre Santo ha determinado realizar ejercicios espirituales personalmente entre el 10 y el 17 de este mes de setiembre, para prepararse para el Concilio Ecuménico. ¡Los está haciendo en estos días! Se ha retirado de todas las preocupaciones y tareas, para orar

y meditar; para implorar gracia y misericordia, luz y energía para su actuación como Supremo Pastor durante el Concilio.

Así lo hicieron los Apóstoles y María, Madre de Jesús, después de la Ascensión del Señor: "Regresaron a Jerusalén y entraron al cenáculo y allí, mientras esperaban la venida del Espíritu Santo, todos unánimemente perseveraban en la oración".[7]

El Concilio Ecuménico será un nuevo Pentecostés, una renovación de la Iglesia, realizada, sí, por ella; pero bajo la inspiración y asistencia del Espíritu Santo.

Demos en nuestra vida, pues, desde ahora hasta el término del Concilio, prevalencia al recogimiento y a la oración, a la sobriedad y a la penitencia, al culto de Dios en la Santa Misa y en la Comunión, a la meditación y al ejercicio de las obras de misericordia. Así ayudaremos a la Iglesia en la realización del Concilio, para nuestro bien y el de la humanidad.

Orad por vuestro Arzobispo, para que, con humildad y devoción, sirva a la Iglesia en este grande acontecimiento. Vuestro Arzobispo orará permanentemente por vosotros en la Ciudad Santa.

Al bendeciros a todos, pedimos al Señor que la concordia y la paz reinen entre vosotros, para que pronto resplandezcan días mejores sobre los cielos de nuestra amada y común Patria Argentina.

† ANTONIO CARDENAL CAGGIANO
Arzobispo de Buenos Aires
Primado de la Argentina

Buenos Aires, 16 de setiembre de 1962.

---

1 San Matea, X, 1-2; San Lucas. VI, 12-16; San Marcos, III, 13-16.
2 San Mateo, XVI, 13-19.
3 San Juan, XXI, 15-18.
4 San Mateo, XXVIII, 18-20.
5 San Vicente de Lerins fue monje del monasterio de Lerins (Francia). Allí, con el seudánimo de Peregrinus, escribió en 434 su Commanitorium.
6 Mons. José Gargitter, abispa de Bressanone y administrodor apostálico de Trento, en el VII ciclo de canferencias para laicos en Cortina d'Ampezzo.
7 Hechas de los Apástoles, I, 12-13.

LA VIDA DE LA CIUDAD CATOLICA

SEGUNDO CONGRESO DE LA CIUDAD CATOLICA ESPAÑOLA

El 6 y 7 de mayo de 1962 se realizó en Barcelona el Segundo Congreso de La Ciudad Católica española.

Asistió especialmente invitado nuestro Director, como así también el Presidente de la Cité Catholique francesa, Mr. D'Andigné, su Director: Michel de Pefentenyo, el Jefe de Redacción de Verbe, Michel Creuzet y otros amigos franceses, en expresiva muestra de la estrecha unión en verdad y caridad de españoles y franceses. De Madrid fueron: D. Eugenio Vegas Latapié y Don José Vallet, directores de la obra en España con un grupo de amigos. También concurrieron simpatizantes de Tarragona y otros puntos de Cataluña, y de diversas ciudades de España. Entre las personalidades eclesiásticas que asistieron al congreso mencionaremos al R. P. Segura S. J., director de Cristiandad de Barcelona; el R. P. Eduardo Guerrero S. J., destacado teólogo, redactor de la prestigiosa revista de los jesuitas en Madrid "Razón y Fe"; el R. P. Puig S. J.; el R. P. Díez Macho, catedrático de hebreo en la Universidad de Barcelona; etc.

El Congreso tuvo lugar en la cumbre de Tibidabo, el cerro que domina toda Barcelona, en la Casa de Ejercicios de los Salesianos.

La apertura del mismo, el sábado por la tarde, se efectuó con una función en la Capilla de la Casa y de inmediato se pasó al salón donde el Sr. Guinart dió la bienvenida en nombre del Comité organizador de Barcelona a los amigos venidos de afuera. En seguida Don Juan Vallet hizo lo propio en nombre de la Dirección central de Madrid.

Luego el Sr. D'Andigné agradeció en nombre de todos y señaló los objetivos de La Ciudad Católica, destacando su método para difundir en todo el cuerpo social la Verdad, que es la condición de salud de aquél.

A continuación Michel Creuzet expresó que debemos llegar a una vivencia práctica de la Verdad. En general somos demasiado especulativos, amamos la Verdad y nos complacemos en ella, pero a menudo olvidamos prácticamente que nuestro deber es hacer que, en la medida de nuestras fuerzas, ella impregne y conforme los ambientes sociales en que actuamos.

Dijo después que España ganó la guerra en los campos de batalla hace veinticinco años, pero que ahora debía ganarse la "guerra ideológica" en las inteligencias, y que ello constituía un verdadero deber para los amigos españoles allí presentes. Citó en efecto el discurso de su Em. Revma. Monseñor Ottaviani, en la inauguración de la Escuela de Ciudadanía Cristiana, en que pide: "No os diré solamente que deis de nuevo a la Iglesia, santos, obispos, teólogos y místicos, como los disteis en el pasado; el mundo, en efecto, necesita

santos; los fieles necesitan pastores; la Iglesia, teólogos; las almas tienen necesidad de místicos. Os diré también que en tiempos como los nuestros la Iglesia tiene particular necesidad de laicos, de seglares formados seriamente, inteligentemente, en la doctrina y en la acción cristiana."

Por último nuestro Director expresó la satisfacción que tenía de estar en España, donde no se sentía como un extranjero, puesto que el pasado de España es la herencia común de peninsulares y americanos. Luego hizo un resumen del desarrollo de la obra en la Argentina, destacando como un hecho positivo, la diversidad de los ambientes sociales a los que felizmente llegamos. Terminó con un llamado a la acción a los amigos españoles, pues hoy el combate se da en escala mundial y todo el mundo hispánico está sometido a una gran ofensiva marxista, de modo que allí tenemos españoles y argentinos una gran empresa en común.

Al día siguiente, domingo, el R. P. Segura S. J., dijo la Misa en la Basílica del Sagrado Corazón que corona el Tibidabo y luego del desayuno se desarrollaron las conferencias programadas.

Las conferencias fueron seguidas de discusiones, especialmente sobre los aspectos prácticos de la obra. Después del Rosario y Bendición, a cargo del R. P. Puig S. J., el R. P. Segura leyó una conmovedora oración a los santos de España, por Francia.

Una comida cordialísima cerró esta segunda reunión de La Ciudad Católica española, magníficamente organizada por los amigos de Barcelona.

Nuestro Director se quedó unos días en dicha ciudad donde pudo intimar con varios de los animadores y amigos de la obra, y luego se trasladó a Madrid.

Allí pudo conversar largamente con D. Eugenio Vegas.[1] Asistió a reuniones de células y trató a distintas personalidades del ambiente social.

Michel de Penfentenyo y Michel Creuzet también quedaron unos días en España, visitando las células y conversando con los animadores. También presentaron sus saludos a varios Obispos, los que los animaron grandemente a seguir en esta lucha por la Realeza Social de Cristo N. S. Uno de ellos les dijo que durante varias semanas se había levantado una hora más temprano para leer "Para que El reine".

Después nuestro Director pasó a Francia, donde fue recibido cordialísimamente por el magnífico equipo dirigente de "La Cité Catholique" francesa en París. Allí tuvo oportunidad de tratarlos a fondo, de admirar su espíritu y organización, de asistir a varias reuniones de animadores y de células, de vivir en casa de dos grandes animadores. Hoy se puede decir que, gracias a La Cité Catholique, hay en Francia una escogida élite de hombres y mujeres de profunda vida espiritual y sólida formación doctrinaria, proveniente de todos los sectores y clases sociales. Tan seria ha sido la obra que los comunistas llaman a La Cité Catholique el enemigo más peligroso, todo lo cual hace concebir grandes esperanzas sobre el futuro de Francia.

De Francia, el Ing. Gorostiaga pasó a Berlín, donde en fructíferas conversaciones con profesores y estudiantes, quedó fundada la primera célula en Alemania.

Antes había estado en Roma, donde fue recibido con paternal afecto por varios altos dignatarios romanos y prelados extranjeros, todos los cuales se interesaron sobremanera por el desarrollo de la Ciudad Católica y la bendijeron de corazón.

---

[1] Director de lo obro en Espoño.

[2] Creemos que en España (donde la abra comenzá después que en nuestra patria) hay grandes perspectivas de desarrollo: una sociedad y un Estado fundamentalmente cotálicos, uno fe que se da incluso en grondes sectores del pueblo, quizá no superada en otras naciones, una generación que luchá en la guerra por Crista y por la Patria.

DECLARACION PERMANENTE

"LA CIUDAD CATOLICA" es una organización de laicos conscientes de su responsabilidad cívica.

Quiere profesar y difundir, como es derecho y deber de todo laico, la doctrina social de la Iglesia y no una doctrina de su particular creación.

No tiene, ni es preciso que tenga, mandato para ejercer este derecho natural que le otorga a todo laico su calidad de tal y su deber de ciudadano. Careciendo de especial mandato, queda libre en sus opciones y es precisamente privándose del derecho que la Iglesia reconoce a sus hijos de tomar posiciones políticas particulares que "LA CIUDAD CATOLICA" quiere usar de esta libertad, limitándose a una opción de método pedagógico, a una cierta técnica de esclarecimiento y difusión.

Es decir que, "LA CIUDAD CATOLICA" no pretende de ningún modo actuar en nombre de la Iglesia o titularse "representante" oficial de su pura doctrina. Como lo recomendaba S. S. León XIII, los laicos de "LA CIUDAD CATOLICA", buscan únicamente "ser su eco", en el campo de los asuntos sociales, cívicos o políticos que el naturalismo y el laicismo revolucionario no cesan de invadir.

REPRESION DE ACTIVIDADES COMUNISTAS

Reproducimos un artículo de la Agencia Informativa Católica Argentina (AICA), Nº 336, Año VII, 16 de noviembre de 1962, pág. 5, que confirma lo que siempre hemos sostenido: "No es posible una lucha eficaz contra el comunismo en acciones aisladas, sin cuadros formados a la luz de la verdadera doctrina, sin una visión integral de la actuación del enemigo, sin vislumbrar siquiera las soluciones de fondo."

Buenos Aires (AICA). — El Ministro del Interior, Dr. Rodolfo Martínez (h), confirmó que se están realizando investigaciones para adoptar medidas que repriman las actividades comunistas en el país.

En estos últimos cuatro años, los señores ministros del interior han hecho idénticas declaraciones. Lo cual quiere decir que las declaraciones anteriores sólo fueron declaraciones y nunca por lo tanto se adoptaron medidas reales contra tal infiltración. Eso sí, de vez en cuando está permitido el informar que se ha descubierto ésta o aquella célula comunista, que luego el señor ministro lo confirma.

Lo extraño, lo paradójico de todo esto es, cómo no aparece alguna de esas células comunistas en alguno de los Servicios de Seguridad del Estado... Pero de seguir así, también llegará ese día. Y nuevamente entonces se hará el anuncio de "serán reprimidas las actividades comunistas", y con toda premura los Servicios de Informaciones, y los organismos de Seguridad de Estado, reiniciarán, como en oportunidades anteriores, la confección de listas de aquellos funcionarios con antecedentes comunistas y que para cuando las tenían resulta que hubo un cambio político y aquellas listas fueron suplantadas por otras y vuelta a empezar. Sin embargo, sería fácil, con sólo un poco de buena voluntad y la reimplantación del "certificado de buena conducta", evitar esas infiltraciones comunistas, a veces infiltraciones secundarias, en comparación con la de los "idiotas útiles" que, desde los propios organismos del Estado, especialmente del Ministerio del Interior, se preocupan más por llamar telefónicamente pidiendo por la libertad de los comunistas detenidos, mientras más alta es su graduación tanto mejor, que por buscar soluciones al problema y colaborar con los hombres que dirigen los Organismos de Seguridad del Estado que, en espera de una ley sana y ágil, pero completa, tienen que luchar primero contra las actividades del comunismo y luego contra esos "idiotas útiles" cuyos nombres, algunos de ellos muy cercanos al Ministro del Interior, nos veremos obligados a decir si insisten en esas dobles maniobras.

RESEÑAS

"Sociedad Occidental y Guerra Revolucionaria". Alberto Falcionelli. Edic. La Mandrágora. Buenos Aires. 1962.

Alberto Falcionelli, profesor universitario y estudioso de la historia y la política, ofrece en este trabajo una visión de la sociedad occidental en el estado actual de sus estructuras, en momentos que les toca enfrentar el creciente avance del ataque marxista. El trabajo se enriquece, además, con un aporte de especial interés para nosotros, a saber, las acotaciones de Falcionelli acerca de la situación y los problemas políticos de la Argentina, país en el que se halla radicado desde hace ya largos años y de cuyo acontecer ha participado como actor y espectador. El profundo conocimiento de Falcionelli con respecto de la historia y la política europea, y en especial de Rusia, agrega particular relieve a este panorama, original y absorbente, fruto de una personalidad inquieta y multifacética. Falcionelli no disimula su posición personal ni su enraizamiento en la verdadera tradición occidental, tan zarandeada y tergiversada por muchos las más de las veces. El autor enfoca los sucesos y las figuras políticas más salientes de la historia contemporánea y documenta los hechos, que hablan por sí mismos, las verdades y los errores que se imponen a la inteligencia y la reflexión del lector con urgencia angustiosa. Para Falcionelli, el destino del occidente cristiano se juega hoy en una coyuntura histórica decisiva, y, así, destaca sin retaceos la responsabilidad enorme que cabe atribuir, más que a la intrínseca perversidad del marxismo, a la ceguera de los políticos europeos y americanos, que han errado el camino o han traicionado —conscientes o no— la causa suprema cuyos defensores se titulan.

Arduo resultaría resumir en pocas líneas un contenido tan denso como el que Falcionelli expone en casi seiscientas abigarradas páginas, con tópicos tan sugerentes como: "La guerra contrarrevolucionaria", "La inteligentia contra la sociedad occidental", "Economía y sociedad", "La Iglesia Católica y la Revolución", "El soldado como problema y solución", (el capítulo dedicado a los hombres de armas es uno de los más relevantes), Rusia, China y nosotros, De Gaulle, Krushev, los demócratas norteamericanos y muchos otros, expuestos con estilo vivaz, de chispa e ironía gálicas muy incisivas, en disquisiciones cáusticas y personales que dan a la obra un sabor muy especial. Vemos así, a esta obra, no como tratado sistemático (que no pretende serlo) sino como un documento viviente e irrefutable para los que quieran ilustrarse y sobre todo para los que necesitan refrescar la memoria y meditar acerca de la apremiante responsabilidad de cada uno de estos días decisivos.

S. Z.

V E R B O

Revista mensual

Redacción y Administración:

La Ciudad Católica — Córdoba 679

P. 7º, of. 710 — T. E. 32 - 2692

Precio del ejemplar en la República:

Argentina: $ 30. —m/n. Exterior: 0.30 dólar.

Suscripción anual:

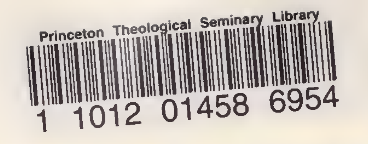
Argentina $ 300.— m/n. Exterior 3 dólares.

Con las debidas licencias

Director: M. Roberto Gorostiaga

Correo Argentina Central B	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 6250
	FRANQUEO PAGADO Concesión N° 1217

Impreso en Editorial Baraga S. R.L., Pedernera 3253, Buenos Aires


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01458 6954